

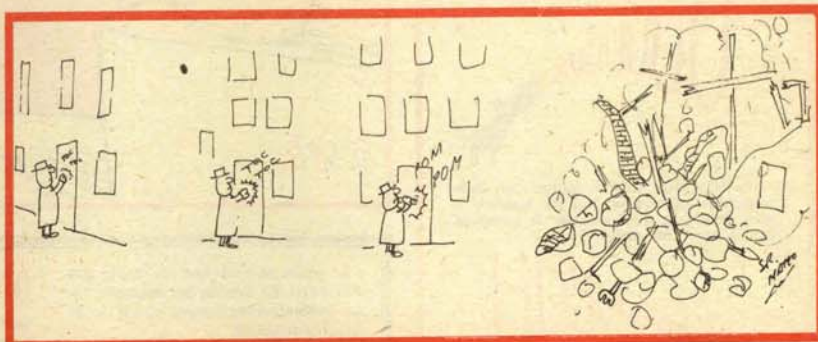
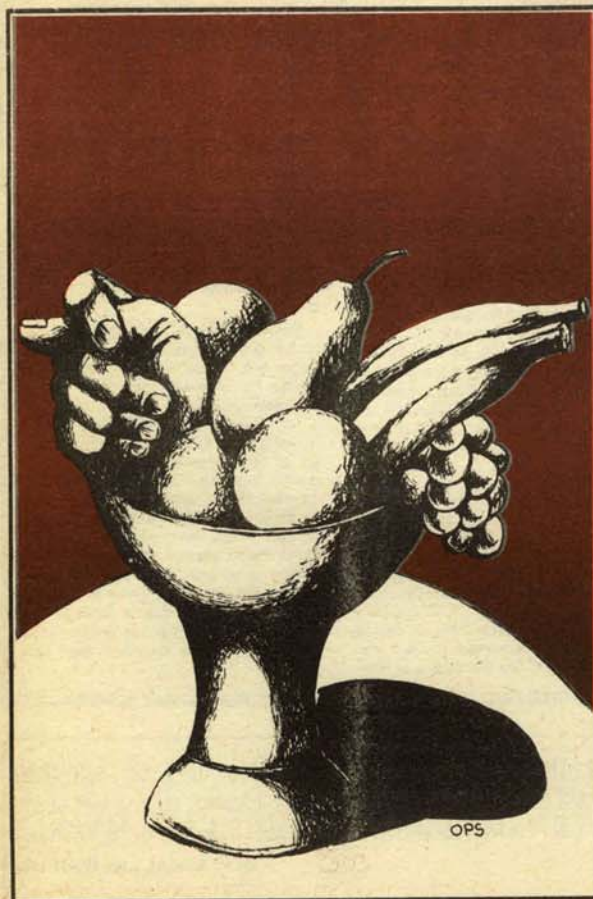
LOS COLCHONES

Cada vez se fabrican en España más y mejores colchones. Los colchones se anuncian incluso por la tele, que ya es atrevimiento, pues la tele todavía no ha admitido oficialmente que la cama sea un mueble fundamental en nuestra vida. Y la censura no se mete con los colchones.

Yo creo que la venta y publicidad de colchones debiera estar prohibida en el país, o al menos fuertemente censurada. "De piedra ha de ser la cama, de piedra la cabecera", decía una recia canción de hace años. Eso es. De piedra la cama y la cabecera, que cuando los españoles dormíamos en la piedra éramos más castos, más nacionales, más íntegros. Y cuando te llevaban a la tumba no notabas tanto el cambio de colchón, e incluso se agradecía el paso de la piedra al mármol del panteón. Durmiendo en cama de piedra no se tienen malas tentaciones, malos pensamientos, no suben tanto los puntos en la nómina de la empresa y no hay inflación. Las señoritas, en cama de piedra,

se mantendrían más puras, inalcanzables y doncellas. España está dejando de ser lo que era por culpa de los colchones.

En los anuncios siempre sale una gachí dando botes en el multielastic y diciendo que su experiencia lo garantiza, lo cual es una provocación. Cuenta que, antes de casarse, sus padres tenían colchones de lana, y que ella se ha roto muchas veces las uñas en esos colchones, lo que prueba que la tía no es normal. Dice que en cuanto se casó, compró colchón de gomanosequé y que está encantadísima. Y repite que tiene una gran experiencia y que eso es "de lo bueno lo mejor". Hemos pasado de la reciedumbre campamental de la piedra a la morbosidad del colchón. Y todavía el de lana, que había que hacerlo y varearlo como un olivo, contenía un poco nuestra natural incontinencia, por lo que siempre es un trabajo levantarse y volverse a agachar. Pero con estos colchones de ahora, como están siempre en forma, la gente es que no para. ■ LORD.



LA COPLA POPULAR

«¿Dónde vas, Alfonso XII?, ¿dónde vas, triste de ti? Voy en busca de Mercedes, que ayer tarde no la vi».

¡Pero bueno!, ¿qué falta de respeto es esa? Lo correcto hubiera sido decir: «¿Dónde vais, Majestad Católica? ¿dónde vais, triste de vos?». O, mejor aún, en vez de triste de ti o de vos, que siempre suena un poco despectivo, haber todo lo más insinuado: «¿Dónde vais aparentemente tan afligido?».

El letrista, no. El letrista interpela de forma insolente a su Rey, exponiéndose a que en vez de tan democráticamente como lo hace, le hu-

bera respondido en otros términos, como por ejemplo: «Voy a donde a usted no le importa, asqueroso vasallo, y no sé en qué plato hemos comido juntos para que me tutee».

Claro que esta forma de actuar del Rey tiene sus peligros, pues a fuer de ser bondadoso se lo comen; porque no se puede admitir que estando la Reina ya muerta y enterrada, su marido no se haya enterado todavía.

Así, después, ocurre lo que ocurre. El Rey no se entera de nada, y los ministros y la nobleza, haciendo lo que les da la gana, especialmente esos cuatro duques, que mucho llevar la caja a cuestras por la calles, sin decir ni pío al Rey que es al que deben lealtad en definitiva.

Se podría objetar que le ocultaron la noticia para no provocarle un shock y pensaban decirselo más adelante, poco a poco, pero esto no deja de ser una falta de confianza en quien por su educación y sangre está preparado para soportar con toda entereza ese y más fuertes golpes. He dicho. ■ SHERRY'S BOY.

